

*Conferencia de Superiores y Superiores Mayores de
Religioso de Chile - CONFERRE*

*Boceto
La Vida Consagrada
En una Iglesia llamada
A Nacer de Nuevo*



LA VIDA CONSAGRADA EN UNA IGLESIA LLAMADA A NACER DE NUEVO

Introducción

La junta directiva nacional de la Conferencia de Religiosos de Chile (CONFERRE), a la vista de los acontecimientos que vive nuestra Iglesia se ha preguntado: ¿Qué debemos hacer hoy como vida religiosa?

Los tiempos que vivimos son de una profunda crisis, pero son también tiempos de gracia. Tiempos en que experimentamos vergüenza, pero también volvemos a sentir el llamado claro del Señor a vivir de forma nueva, en una Iglesia que debe nacer de nuevo.

El presente documento quiere ser un instrumento de acompañamiento y animación para los superiores y superioras provinciales, delegados(as), superioras(es) locales, y para el conjunto de la vida religiosa. No se trata de una declaración pública o un simple mensaje. Pensamos más bien en un documento que pueda ser reflexionado y trabajado en nuestras comunidades. En efecto, quisiéramos que se convirtiera en una guía que incida en la vida de cada hermano y hermana, de cada comunidad, de las Congregaciones, para que ayude a transformar este tiempo en fuente de conversión para una nueva vida consagrada en una Iglesia nueva.

Este documento está pensado en contexto de “misión compartida” o de “familia religiosa”, pues entendemos que todos vivimos de una u otra forma, nuestra vida y misión con laicos y laicas. Ellos también han contribuido en la elaboración de este documento.

1. Vida consagrada y laicos, convocados a ser Iglesia nueva.

Resurrección no es volver a vivir... es nacer a una vida nueva.

Resurrección no es detenerse... es caminar en la frustración para recorrer, con otros, caminos de evangelio.

Resurrección no es solo para ahora... es para siempre hasta la vida eterna.

Así como lo expresó el Papa Francisco al inicio de su visita a Chile, los religiosos y religiosas, junto con muchos laicos y laicas “asumimos, con vergüenza y dolor”, pero también de forma consciente y responsable, nuestra responsabilidad en la actual situación que vive nuestra Iglesia. Nos sentimos interpelados por la realidad eclesial y social que vivimos. Es por eso que queremos mirarnos a nosotros mismos para reconocer, sin adornos ni justificaciones, la realidad de pecado y corrupción que habita en nuestro corazón, en nuestras comunidades, en nuestras obras apostólicas y en nuestras estructuras. Nos reconocemos necesitados de ser sanados y, al mismo tiempo, llamados a ser parte activa con quienes promueven la sanación de heridas provocadas en otros y otras.

Queremos pedir perdón por el enorme daño causado a las víctimas y sus familias; porque hemos sido motivo de escándalo para muchos; porque hemos dado motivos para que muchos se alejen de la Iglesia.

Reconocemos que en las situaciones de abusos a menores no solo ha habido pecado, sino que se han cometido delitos. Y el modo de abordar ambas situaciones es diferente, tal como nos lo ha dicho el Papa: “[Necesitamos construir] una cultura que frente al pecado genere una dinámica de arrepentimiento, misericordia y perdón, y frente al delito, la denuncia, el juicio

y la sanción” (Carta al Pueblo de Dios que peregrina en Chile [CPD] 6§5).

Necesitamos superar el miedo y la falta de coraje para asumir la realidad con lucidez evangélica. Reconocemos que nos ha costado mucho comprender cómo funciona la perversión en todas sus formas, es decir, la manera como se relaciona el abuso sexual con el abuso de poder, el abuso económico, el abuso de conciencia. En ese sentido, queremos superar un estilo marcado por el secretismo para abrirnos a la cooperación con la justicia ordinaria. Nos dotaremos a nivel de cada Congregación y de CONFERRE de mecanismos y protocolos actualizados que permitan confiar en los procesos judiciales eclesiales; asegurando transparencia e imparcialidad.

Con sencillez, nos comprometemos a orar, reflexionar, buscar juntos, pedir ayuda especializada y poner los medios posibles para que, olvidándonos del orgullo y la protección del buen nombre, seamos capaces de acoger la acción que el Espíritu quiere hacer en nosotros.

Tenemos confianza en la fuerza del Espíritu. Por eso hoy volvemos a tomar conciencia de que nuestra Iglesia fue construida sobre hombres cobardes que, solo por la acción del Espíritu, se tornaron valientes: Pedro negó tres veces al Señor, Judas lo traicionó y los discípulos lo abandonaron en la cruz. Por eso somos conscientes de que solo si nos dejamos conducir por el Espíritu recorreremos caminos de verdadera conversión, que despierten en nosotros la sensibilidad del Evangelio y nos hagan mirar con los ojos de Cristo a cada persona sin exclusión. Confiamos en que es este mismo Espíritu el que nos acompaña en los múltiples y necesarios discernimientos que debemos realizar. Vivimos el momento presente de nuestra Iglesia en Chile confiados en que Dios, Padre de misericordia, nos invita a superar la negligencia que ha causado tanto daño a las víctimas y nos acompaña para “mirar el presente sin evasiones... y así cambiar todo aquello

que hoy ponga en riesgo la integridad y la dignidad de cada persona” (CPD 2§2).

Pidiendo la fuerza y la luz del Espíritu acogemos con esperanza el llamado del Papa Francisco a nacer de nuevo para que nunca más se den en nuestra Iglesia la cultura del abuso en todas sus formas, “así como el sistema de encubrimiento que le permite perpetuarse. Esto nos exige trabajar entre todos para generar una cultura del cuidado que impregne nuestras formas de relacionarnos, de rezar, de pensar, de vivir la autoridad; nuestras costumbres y lenguajes y nuestra relación con el poder y el dinero. Hoy sabemos que la mejor palabra que podamos dar frente al dolor causado es el compromiso para la conversión personal, comunitaria y social que aprenda a escuchar y cuidar especialmente a los más vulnerables. Urge, por tanto, que nosotros generemos espacios donde la cultura del abuso y del encubrimiento no sea el esquema dominante; donde no se confunda una actitud crítica y cuestionadora con traición. Esto nos tiene que impulsar como Iglesia a buscar con humildad a todos los actores que configuran la realidad social y promover instancias de diálogo y constructiva confrontación para caminar hacia una cultura del cuidado y protección” (CPD 4§1).

2. Salgamos al encuentro de la vida para escuchar

Contemplando a María en el misterio de la visitación y habitados (embarazados) de Jesús, queremos salir de nosotros mismos, de nuestros esquemas y costumbres, de nuestra manera de pensar y actuar para ponernos a la escucha del llamado que Dios quiere hacernos en la situación que vivimos, especialmente en el clamor de las víctimas.

Escuchar no es algo tan simple como parece. Puede haber muchos vicios en las maneras de escuchar, frente a los cuales ya no somos lúcidos porque se han hecho

“naturales”. Por eso necesitamos instancias en las que reaprendamos el arte de la escucha.

Como religiosos, religiosas, laicos y laicas, sentimos que hay múltiples instancias donde nuestra presencia debe tener como objetivo fundamental escuchar de forma activa, despojados de todo poder, asumiendo una actitud sencilla y de respeto al otro:

- a.** Nuestras propias comunidades religiosas locales y provinciales, siempre necesitadas de un auténtico discernimiento en el que la escucha verdadera de todos sea paso previo a toda decisión y acción. Más allá de compartir el trabajo o la misión, queremos llegar a compartir afectos mutuos mostrándonos en la verdad de nuestras fragilidades y fortalezas, en actitud de hermanos/hermanas más que de padres/madres o maestros/maestras.
- b.** La comunidad cristiana de la que formamos parte (parroquias o diócesis). En ellas nos comprometemos a acoger de modo especial a las víctimas de abusos, a escucharlas sin prejuicios, empatizando con el dolor que han cargado por tanto tiempo. Así también queremos acoger y escuchar a los más alejados, los heridos, los que se sienten en una situación de disidencia. Recordaremos siempre que nuestro principal aporte puede ser la apertura para escuchar a todos, escuchar sin juzgar, escuchar desde la fraternidad y el amor incondicional, escuchar con ternura y misericordia.
- c.** Las instancias de participación y toma de decisiones parroquiales y diocesanas (consejos pastorales, de gobierno, asambleas, equipos, CONFERRRES zonales y nacional, Conferencia Episcopal, etc.) en las que contribuiremos para hacer que la diferencia sea bienvenida, evitando confundir unidad con

uniformidad, animando a todos a expresar sus opiniones con *parresía*, sin tener miedo a la confrontación.

- d. Las diversas agrupaciones de laicos que han ido surgiendo en las diócesis. Queremos conocerlos, escucharlos, para conocer sus inquietudes y demandas y diseñar las estrategias que nos permitan caminar juntos en la construcción de la nueva Iglesia que soñamos.
- e. La sociedad en su conjunto. Queremos salir a su encuentro para escucharlos allí donde ellos están, sin importar su posición social, política, religiosa, sexual o cultural. Escuchando humildemente podremos recorrer caminos hacia una sociedad más justa, más participativa, más solidaria, donde, por ejemplo, la mujer se desarrolle en igualdad de condiciones que el varón.

3. Somos comunidad de hermanas y hermanos ungidos por el Espíritu”

También nosotros como Pueblo de Dios no imaginamos el futuro sin tomar en serio la unción del Espíritu operante en cada uno de nosotros (cf. CPD 1§1) y en nuestras comunidades de vida religiosa, eclesiales. Y, también, la acción del Espíritu presente más allá de la Iglesia en la sociedad civil. Somos conscientes de que esta unción del Espíritu exige renovadas formas de participación en las que la vida y la voz del laicado, especialmente de la mujer, la vida y la voz de las mujeres consagradas, se incorpore en todas las instancias eclesiales y se convierta en uno de los ejes renovadores de la Iglesia que nace. En efecto, queremos una Iglesia en que el laico y la mujer estén presentes en todos los niveles, incluso en los niveles de decisión. Hoy, vida religiosa y laicado, estamos llamados de forma urgente a poner todos los medios para que en nuestras estructuras de gobierno y animación y, en general,

en todos aquellos espacios donde podamos influir, la comunión y la participación sean buscadas de forma lúcida y consciente para que la unción del Pueblo de Dios encuentre mediaciones concretas donde manifestarse.

Junto a los laicos sentimos la necesidad de impulsar más aún comunidades laicales que vivan nuestros carismas y establezcan relaciones nuevas de fraternidad y sororidad con la vida consagrada, y se constituyan como redes de comunidades laicales.

Queremos empeñarnos para que efectivamente entre nosotros no haya cristianos de primera, segunda o tercera categoría, de modo que, en lo que de nosotros dependa, la participación activa de todos y todas no sea cuestión de concesiones de buena voluntad, sino que sea constitutiva de la naturaleza eclesial de nuestras comunidades y obras apostólicas.

Buscamos salir al encuentro de la vida eclesial y social con una “mística de ojos abiertos, cuestionadora y no adormecida” (CPD 1§5), sin otro privilegio que ser servidores de todos y decididos a involucrarnos en la transformación eclesial y social que el Espíritu está impulsando. En efecto, desde la realidad vital de cada día, de forma expresa unas veces y otras de forma implícita, nos llegan invitaciones para que como religiosos, religiosas y laicos pongamos en marcha procesos sinodales marcados por la horizontalidad y diversidad. Por eso:

- a. Allí donde estemos, incluso en nuestras presencias en instancias civiles, nos proponemos colaborar en el empoderamiento de los laicos y, sobre todo, de la mujer, para crecer en dinámicas sinodales, fraternas y participativas, en las que los pobres y las víctimas, los jóvenes y los últimos sean tenidos efectivamente en cuenta en la toma de decisiones.
- b. Queremos ejercer un liderazgo verdaderamente evangélico en nuestras comunidades y obras

- apostólicas. Un liderazgo empoderador del otro que haga posible que cada actor se considere protagonista.
- c. Nos proponemos hacer desaparecer de entre nosotros toda mentalidad y lenguaje elitista; poner todo de nuestra parte para superar en los hechos todo clericalismo y todo machismo de modo que laicos, y especialmente la mujer, sean plenamente incluidos en todas las áreas, actividades y niveles de la Iglesia: la liturgia -incluida la Eucaristía-, la gestión pastoral, la acción caritativa, la catequesis, la jurídica, la economía, la enseñanza teológica, etc.
 - d. Nos comprometemos a participar de forma constante en todas las instancias de participación eclesiales, buscando generar gestos y procesos que nos hagan crecer en el camino sinodal y fraterno. Asimismo, nos comprometemos a buscar la puesta en marcha de estos procesos allí donde no existan.
 - e. Queremos asumir creativamente el compromiso de cultivar relaciones fraternas y honestas con nuestros pastores (obispos, sacerdotes, superiores mayores), brindándoles nuestra cercanía, ayuda y corrección fraterna; colaborando en su ministerio, de forma que, juntos, nos hagamos más humanos y más cercanos al proyecto de Jesús.
 - f. Queremos impulsar de forma progresiva procesos más sinodales con participación de todo el Pueblo de Dios en el nombramiento de cargos de responsabilidad existentes en la Iglesia y, muy especialmente, en la elección de los Obispos.

4. Ubicados donde el Evangelio de Jesús nos lleva: las periferias

Una Iglesia que tiene a Jesús por centro, está siempre en salida hacia las periferias. “En la Visitación descubrimos la necesidad de vivir y actuar siempre desde la experiencia de ser habitados por el Espíritu. Solo cultivando de forma siempre nueva la experiencia mística tanto personal como comunitaria podremos sentir al Señor como centro de la vida y de la historia. Y, entonces, saldremos aprisa como María en la visitación para encontrarnos con el clamor del pueblo que sufre, y ‘acariciar, cuidar y proteger la dignidad’ de cada persona” (Cf. Plan de acción de CONFERRÉ 2018-2020).

En estos tiempos de crisis sentimos con claridad la llamada del Señor a caminar decididamente hacia los pobres y con los pobres. Esto es tan relevante que tenemos la certeza de que no seremos vida consagrada nueva sin contacto con ellos.

Ser “Iglesia en salida” es también dejarse ayudar, dejarse interpelar. Hoy las víctimas, los jóvenes, los pobres, los pueblos originarios, los que se han alejado de la Iglesia, los ancianos descartados y los laicos nos interpelan. Si escuchamos con oído de profeta descubriremos que son verdaderas llamadas de Dios para ser vida consagrada nueva, fiel a su Señor.

Ubicarnos hoy en la periferia significa para nosotros:

- a. Examinar personal y comunitariamente nuestros estilos de vida, de relaciones, de apostolado, para decidir estar en medio de los pobres, tomando distancia de los centros de poder. Preferir ser amigos de las víctimas y los últimos, de los enfermos y ancianos, de los olvidados y los que no cuentan.
- b. Buscar a nivel provincial y comunitario, con *parresía* evangélica, nuevas formas de vivir nuestro voto de pobreza frente a una Iglesia rica y poderosa; nuestro voto de obediencia frente a una Iglesia excesivamente jerarquizada; nuestro voto de castidad frente a tantas

relaciones afectivas inmaduras y deshumanizantes, tanto en la Iglesia como en la sociedad.

- c. Discernir cada una de nuestras presencias desde las alegrías, tristezas y esperanzas de las víctimas, de los descartados, de forma que podamos hacer efectivo el llamado del Señor a ponernos al servicio de los que más necesitan. Se nos invita a superar nuestros cálculos mundanos de número y edad, y ponernos de forma nueva en camino, junto con laicos, hacia las periferias donde habitan los nuevos pobres a quienes queremos escuchar antes que aconsejar. Acerquémonos y acortemos distancias con las víctimas ninguneadas e ignoradas, con los migrantes que buscan dignidad, con los jóvenes solos o perdidos en la oscuridad de la droga y de la delincuencia, con las familias sin amor, con las personas hundidas en soledades calladas, con los hambrientos excluidos de la mesa de la dignidad y de la igualdad, con los pueblos originarios secularmente olvidados... En fin, busquemos con pasión a quienes la sociedad descarta y excluye para hacer con ellos caminos nuevos, abiertos a las sorpresas de Dios.
- d. Tomar conciencia y acompañar a otros en su toma de conciencia de que «el sistema social y económico es injusto en su raíz» (*Evangelii Gaudium* [EG] 59); y en consecuencia «decir no a una economía de exclusión y de desigualdad social; rechazar esta economía que mata... y donde el ser humano es considerado, en sí mismo, como un bien de consumo que se puede usar y después tirar; donde los excluidos no son ‘explotados’ sino desechos, ‘sobrantes’» (EG 53). Esta toma de conciencia debe llevarnos a trabajar junto con otros para que la casa común no se destruya y a realizar

signos y acciones concretas para poner el sistema económico al servicio de los más necesitados.

5. “El Señor Jesús, nuestra única esperanza” (1 Tim 1,1)

«El viento sopla donde quiere: tú oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Lo mismo sucede con todo el que ha nacido del Espíritu» (Jn 3,8).

A la luz de este pasaje de Juan nos hace bien volver a ver nuestra historia personal y comunitaria: el Espíritu Santo sopla donde quiere y como quiere con el único fin de ayudarnos a nacer de nuevo. Lejos de dejarse encerrar en esquemas, modalidades, estructuras fijas o caducas, lejos de resignarse o “bajar la guardia” ante los acontecimientos, el Espíritu está continuamente en movimiento para ensanchar las miradas estrechas, hacer soñar al que perdió la esperanza, hacer justicia en la verdad y en la caridad, purificar del pecado y la corrupción e invitar siempre a la necesaria conversión. Sin esta mirada de fe todo lo que podamos decir y hacer caería en saco roto. Esta certeza es imprescindible para mirar el presente sin evasiones, pero con valentía; con coraje, pero sabiamente; con tenacidad, pero sin violencia; con pasión, pero sin fanatismo; con constancia, pero sin ansiedad; y así cambiar todo aquello que hoy ponga en riesgo la integridad y la dignidad de cada persona; ya que las soluciones que se necesitan reclaman encarar los problemas sin quedar atrapados en ellos o, lo que sería peor, repetir los mismos mecanismos que queremos eliminar. Hoy somos desafiados a mirar de frente, asumir y sufrir el conflicto, y así poder resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo caminar. (CPD 2§2)

Vivimos tiempos de dolor, de lágrimas, de decepción y hasta de “alaridos”, pero Jesús llega a nuestra casa, echa fuera a todos los que solo lloran y, junto con sus discípulos, toma de la mano a su Iglesia que “no está muerta” -incluyendo nuestra vida consagrada- y nos dice: *talitá kum*, que es como si nos dijera: “Iglesia de Chile, a ti te lo digo, levántate”. (Cf. Mc 5,40-43). Y nosotros escuchando cada día su Palabra, fiándonos de Él, nos levantemos al instante dispuestos a servir (Cf. Mc 1,29-39).

Somos Iglesia devastada pero esperanzada: nuestro Señor no nos abandona ni nos retira su amor. Él ya nos está salvando. Somos vida consagrada avergonzada, pero nuestro Señor nos acompaña con “firmeza y ternura”. Con Él, todo se hace nuevo. Solo en Él tenemos puesta nuestra esperanza.

Levantarnos no es un acto meramente voluntarista y tampoco milagroso: es pura gracia y don del Espíritu. Si no leemos los signos que el Señor nos está enviando no seremos capaces de reconstruir una Iglesia y una vida consagrada y laical según el proyecto de Jesús. Poco a poco nos convertiremos en una especie en extinción donde niños y jóvenes ya no encontrarán la Buena Noticia de Jesús.

Con la fuerza de su amor, él nos está alejando de la poderosa Roma y nos está conduciendo a Belén para, en pobreza y ternura, nacer de nuevo como comunidad que solo existe para testimoniar y anunciar a Jesús y su evangelio. Si no ponemos en el centro a Jesús, si no nos ponemos del lado de las víctimas no será posible nacer de nuevo, no será posible una Iglesia profética.

Que brote en todos nosotros y en nuestras comunidades una oración constante de escucha de la Palabra de Dios que es luz para nuestro caminar y fuerza para nuestra transfiguración como religiosos y religiosas que junto con los laicos y laicas queremos responder de forma fiel y

creativa a la gracia que el Señor nos regala en este momento de nuestra historia eclesial y social.

Seguros de su amor y cuidado maternales, confiamos a María, nuestra Señora del Carmen, el nacimiento de la Iglesia nueva que peregrina en Chile. Ella nos acompaña hoy tal como acompañó a la primera comunidad cristiana y sigue revelándonos su precioso secreto: “Hagan lo que él les diga” (Jn 2, 5).

